
UNA ENSEÑANZA DE DON AGUSTIN

Hace 50 años

Aquel domingo del mes de noviembre de 1947, a las 15 horas, como médico de barrio, fui llamado por un vecino cuyo hijo de 12 años tenía vómitos y dolor de cabeza.

Lo revisé minuciosamente, no había signo de Kerning ni tampoco fiebre. No tenía angina, ni diarrea, ni dolor abdominal. Mientras rebuscaba mentalmente un atisbo de diagnóstico decidí investigar la presión arterial y comprobé, sorprendentemente, que tenía 150 de máxima. Entonces le indiqué terapia sintomática y le pedí un análisis de orina pensando en una glomerulonefritis.

Tres días después, me informé de su internación en el Hospital de Niños y de su diagnóstico: hematoma de cerebro, atribuido al golpe de una paleta mientras jugaba frontón.

Ocho días más tarde, con la intriga subconsciente del diagnóstico, indagué nuevamente al padre, quien me refiere al éxito de la operación efectuada por el Dr. Albarenque. Le recomendé advirtiera al neurocirujano de la hipertensión arterial de ése chico quien, tras comprobarlo lo internó en la sala de clínica médica del Hospital Español. Era nuestro refugio médico en aquel exilio universitario.

Una mañana mientras lo revisábamos con el Dr. Mothe, verificamos nuevamente la hipertensión. En ese instante por el largo pasillo del hospital emerge la figura escuálida de don Agustín Caeiro, jefe de la sala a quien Mothe le dispara los tres datos: Hematoma cerebral operado, hipertensión arterial, orina normal.

La respuesta, desde el mismo pasillo, fue contundente: "Tómele el pulso en la Femoral".

El diagnóstico firme de coartación de aorta fue suficiente para que el Dr. Albarenque (¡¡Qué cirujanos aquellos!!) abordara la operación con todo éxito. Fue la segunda realizada en el país y documentada por filmación de Klimosky. Este registro, de alto valor científico, fue presentado por el cirujano en la ceremonia de ingreso a la Academia Nacional de Medicina de Buenos Aires.

El tiempo con su avance inexorable, mostró todavía dos sucesos sorprendentes en la vida de este joven. Lo vi otra vez en el consultorio por un engrosamiento de la ceja derecha, seguido de nueva operación por Albarenque con el diagnóstico de tumor embrionario. Años más tarde mientras un docente de clínica médica de 6º año, relataba ésta historia clínica, un estudiante, lo interrumpió diciendo: "Yo soy ése paciente". Y fue médico.

La enseñanza de don Agustín fue impactante para mí, porque poco tiempo después, ante una epistaxis cuantiosa en un niño de 6 años comprobé la ausencia del pulso en la femoral y formulé el diagnóstico de coartación de aorta, ante el asombro de sus padres. Y algunos años más tarde, al observar una radiografía de tórax traída por un colega, con imagen de costillas erosionadas, (signo de Róesler) sugerí el diagnóstico. Y mucho tiempo después un diagnóstico de endocarditis bacteriana en el estrechamiento vascular.

Colofón:

La advertencia de un signo inexplicado en el diagnóstico inicial, fue incentivo y acicate para el logro de un diagnóstico de certeza.

La asidua lectura de los textos clásicos de la medicina, tras escuchar respetuosamente la orientación dada por el maestro, fueron los pilares de nuestro acervo científico. La destreza operatoria de aquellos cirujanos fue resultado de la conjunción de innata habilidad con una prolongada formación con eximios profesores.

Remo M. Bergoglio